

La Filosofía, la Ciencia y la Teología

Por P. Marciano García ocd.

Pertencen a tres reinos todos los conocimientos que un ser humano puede adquirir: la ciencia experimental, la filosofía y la teología, que son los reinos del saber. Al reino de la ciencia, constituido por los objetos perceptibles, experimentables y comprobables, pertenece el mundo físico. Las ciencias positivas desarrollan métodos propios de observación y experimentación para alcanzar su objetivo final: el conocimiento de la naturaleza, sus leyes y regularidades. El segundo reino está constituido por la filosofía, que se eleva a un nivel superior de abstracción y se interesa por la naturaleza del ser y de los diversos seres, así como de las leyes más universales del ser en sí y, en particular, de los seres físicos, vivos, psíquicos individuales o sociales, y los seres espirituales. Su método es el deductivo-analítico. El tercer reino es de la teología, que estudia lo referente a Dios, ya sea desde el razonamiento natural o desde la interpretación de los textos sagrados.

Estos tres reinos tienen fronteras comunes. La filosofía está situada entre la ciencia y la teología, por más que tenga su método propio y sus objetos de estudio sean un dominio completamente cerrado dentro de su propio territorio. Pero es evidente que tiene una región fronteriza con la ciencia y, al otro extremo, otra con la teología. Aquí estamos interesados en saber qué sucede en estas fronteras.



Las realidades que estudia la ciencia son independientes de cualquier otro enfoque, esto hay que respetarlo. Luego aparecen los presupuestos de la ciencia, que son cuestiones filosóficas, que la ciencia deja en sus fronteras, y a las cuales no puede responder. Hoy se reconocen tres áreas fronterizas importantes de la ciencia con la filosofía: los presupuestos de la ciencia, lo relativo al inicio del universo y la contingencia.

Las cuestiones fronterizas pertenecen a la ciencia sólo de una manera implícita, y deben ser explicitadas en una reflexión filosófica. Los presupuestos generales de las ciencias pueden ser considerados como auténticas cuestiones filosóficas que conectan la ciencia con la filosofía y, más allá, con la teología. Estas, digámoslo ya, no pueden ser fronteras de guerra, sino de intercambio pacífico. El mejor modo de tratar estas cuestiones entre ciencia y filosofía es el diálogo. Como todo buen diálogo exige delimitar bien aquello que interesa esclarecer y que atañe tanto a la ciencia como a la filosofía. Se puede ver con cierta facilidad que existen algunas cuestiones más fundamentales que exigen ser tratadas con especial atención. Entre ellas destacan las cuestiones fronterizas, las condiciones iniciales del universo y la contingencia

Por ejemplo: la ciencia nos lleva hasta la existencia en un tiempo pasado de una explosión que dio origen al universo, pero cualquier reflexión sobre el origen de esa explosión, sus antecedentes, están fuera de la posibilidad del método científico, por la sencilla razón de que acerca del mismo no se puede hacer ninguna verificación experimental. Queda abierta, sin embargo, la posibilidad de un diálogo entre ciencia astronómica y filosofía; la primera expresa su conocimiento acerca de la explosión primera originante, le pasa el concepto a la filosofía y esta le hace a la cuestión del origen las preguntas propias que ella hace acerca del ser, y busca una iluminación del asunto, más allá de la posibilidad de la ciencia empírica.

En esta ancha frontera de la ciencia y la filosofía se dan situaciones muy especiales. Entre ellas podemos enumerar las conexiones subjetivas, los solapamientos parciales, y los presupuestos generales de la ciencia en la frontera con la filosofía. Ejemplo: la ciencia presupone la validez de los principios de causalidad, de identidad, de contracción, pero ella misma carece de recursos para investigarlos, no son su objeto, sino sus presupuestos, es la filosofía quien puede discutirlos.

Las conexiones subjetivas nacen del interés que se tenga por dichas relaciones fronterizas. Se pueden hacer preguntas por los asuntos más allá de la ciencia, pero dependerá del sujeto estudioso hacerlas o no, y esto quizá se deberá más a su sensibilidad que a otra cualquier cosa.

Los solapamientos parciales ocurren cuando algunos tópicos se hacen pertenecer a la ciencia o a la filosofía de modo indebido, originando un desfase entre ciencia y filosofía, y por lo mismo, si se da el caso, entre ciencia y teología. Como las cuestiones son planteadas fuera de su propio territorio, las soluciones corren el peligro grave de ser incorrectas.

Los presupuestos generales de la ciencia exigen que las cuestiones que están en la frontera se traten dentro del territorio de cada una. Para que una información científica pueda ser objeto de una reflexión filosófica, primero es necesario hacer un examen filosófico de dicha información, que deberá resultar verificada y legitimada dentro del propio campo filosófico; y sólo así podrá, si es el caso, usarse este resultado en la argumentación filosófica misma.



Ni la ciencia, ni la filosofía, ni la teología, han podido dar un conocimiento válido para todo tiempo y espacio, precisamente porque la condición del hombre es ser temporal y espacial, ser histórico, ser diferente. Nadie podrá negar que se ha dado una interdependencia de la filosofía y la teología en general, si se trata de los saberes históricos, asumidos como modelos interpretativos: San Agustín y Platón, Santo Tomás y Aristóteles, por citar dos ejemplos.

Ha sido históricamente doloroso pasar de unos paradigmas a otros en la ciencia lo mismo que en la filosofía y la teología. La mayor crisis ha surgido cuando la filosofía y la teología, sobre todo en la iglesia Católica, han tomado un rumbo apartado de las ciencias pretendiendo dictar a los científicos lo que deben aceptar, o lo que fue peor, enfrentando a la ciencia con su autoridad y poder. También la teología necesita evolucionar, dejar posiciones cerradas, y acompañar al hombre concreto con su saber real. Parece que ello podría ser más factible ahora que los tiempos son más benignos.

Puede haber científicos que no sientan ningún interés por las cuestiones filosóficas, y teólogos que no lo tengan por cuestiones científicas. Para un encuentro con las ciencias naturales parecería necesario un cambio de rumbo en la orientación tradicional de la teología. Habría que abandonar la imagen fixista antigua del mundo y aceptar la imagen actual evolutiva por corresponder a los conocimientos que tenemos hoy. Urge un cambio de telón de fondo en la teología que de ser tan abstracta que no refiera a imagen alguna, sería pura especulación ilusionista.

Es importante que los católicos procuren estar más representados en la clase intelectual, y acrecienten el interés por las carreras científicas y por los estudios científico-técnicos, en la proporción lógica: pues ello sería el mejor indicador del esfuerzo por alcanzar la necesaria integración armónica entre la fe y la ciencia.

Serían personas altamente preparadas en la ciencia y la teología las que podrían ayudar a realizar nuevas síntesis, pero no existirán esas personas si no aumenta el entusiasmo de los creyentes por los temas de las ciencias naturales.

Era legítimo en principio y fue históricamente necesario que el hombre, dentro de sus múltiples tareas, aprendiese a utilizar su razón cada vez mejor, hasta poder analizar la naturaleza y sus leyes, su propio ser y las relaciones sociales en sus múltiples aspectos.

Pero siendo legítima la racionalidad científica, absolutizar tal racionalidad de forma que todo el hombre sea reducido a un esquema racional, no es correcto, pues el hombre es razón, pero no sólo razón. También es sensibilidad, querer, emoción.

La investigación científica exige un método seguro, neutral y adecuado, que proceda conforme a sus propias leyes. Se necesita claridad, distinción, exactitud, objetividad. Todo lo que puede ser matematizado, científicado y formalizado es justo que lo sea.

Pero no es correcto reducir toda la capacidad cognoscitiva del hombre a tales métodos y objetos. Muchas dimensiones humanas no pueden ser captadas por tales procedimientos, y son importantes para la existencia humana. La investigación y sus requisitos son medios para la humanización, no fines en sí mismos.

Es legítimo construir una lógica puramente formal, un análisis lingüístico, una teoría de la ciencia y preguntar a la vez por la verificación o falsificación de los enunciados empíricos. También la teología podrá usar tales recursos para mejorar su expresión, para tener derecho a ser reconocida como esfuerzo científico.

Pero la lógica formal, el análisis lingüístico y la teoría de las ciencias no pueden convertirse en ciencia totalitaria, como tampoco la teología, pretendiendo abarcar toda la realidad con exclusión de cualquier otro método.

Los análisis exactos, desde la física atómica hasta la astrofísica, desde la microbiología hasta la genética y la medicina, pueden ser llevados tan lejos como sea posible hasta obtener una certeza matemática. Nadie le puede discutir su veracidad desde otros ángulos de autoridad.

Pero las cuestiones de la psiquis humana, la sociedad, el derecho, la política y la historia, las cuestiones de estética, de ética y religión, tienen también sus propios métodos y un estilo propio proporcionado a sus objetivos, lo cual posibilita sus aciertos y no es invulnerable a los errores como todo quehacer del hombre.

La ciencia natural moderna constituye la base de la actual técnica e industria y caracteriza la actual cultura en general. Pero sólo puede ser base, no sentido, pues ella está reducida por su método y su objeto a campos más restringidos que la totalidad de la vida del hombre. Pues si se trata de la verdad, ¿quién la posee definitivamente?



Los mismos científicos están convencidos de que no pueden ofrecer verdades terminantes, definitivas: están en la disposición de revisar, una y otra vez los puntos de vista alcanzados y de retirarlos, si llega el caso. Tampoco los teólogos poseen la verdad definitiva, sino que la buscan como todo investigador, tratando de acercarse a ella por medio del ensayo y el error, criticando, rectificando...

La ciencia ante la teología debe ser respetuosa del campo que es propio de la investigación teológica, así como la teología debe serlo de la investigación científica positiva. En la frontera entre ambas existe un inmenso territorio, en el que los falseamientos y desfases pueden ocurrir a cada paso. Por ejemplo, la fe propone que Dios es el Creador del cielo y la tierra. El teólogo asume que Dios mismo lo ha revelado y que esa revelación se contiene en la Biblia, particularmente en el capítulo 1 del Génesis.

Aquí las diversas cuestiones se solapan y pueden crear graves conflictos. Si aceptamos por la fe que Dios es el Creador del cielo y la tierra, la conclusión primera es que este cielo y esta tierra son tales como Dios los creó. Si queremos saber cómo lo creó Dios, ¿a quién le preguntamos? La ciencia dirá: al cielo y a la tierra que están ahí delante de nosotros. Tiene todo su derecho para hacer esta investigación. Viene el teólogo y dice: mejor se lo preguntamos a Dios mismo, o mejor, ya nos lo dijo en la Biblia, se lo preguntamos a la Biblia. Pero, el científico dice que este mundo, este cielo y esta tierra no son como dice la Biblia, son de esta manera. El teólogo dice que son de esta otra manera, como dice la Biblia. Surge el conflicto. ¿Cómo resolverlo? Buscando dónde está el error.

El error está en una suposición histórica falsa. Es la suposición de que las descripciones que la Biblia hace del universo son revelación de Dios. Pues no, no es así; las descripciones de la Biblia son las habituales en el medio cultural de los autores humanos, que juzgaban que las cosas eran tales como se ven a primera vista.

En la mente del teólogo nace la pregunta: ¿No pudo Dios revelar con toda precisión, con lenguaje científico, cómo aconteció la creación? Sí, pudo, y puede y podrá hacerlo, pero deberá esperar a que existan personas capaces de recibir tal mensaje con precisión científica, y esas personas apenas si comienzan a existir ahora. El teólogo debe considerar que descubrir el universo es tarea que Dios ha dejado a la humanidad y ahora los científicos se están encargando de eso con los poderosos medios que tienen a su alcance, y que los autores de la Biblia estaban muy lejos de poseer. El teólogo puede estar muy agradecido al científico que le ha ayudado a saber cómo Dios creó de hecho el universo, la fe ha sido enriquecida con los aportes de la ciencia. Ciencia y fe se juntan para celebrar.

Cuando el científico invade el territorio del filósofo o del teólogo, sin serlo para nada, se encuentra perdido en estos universos y sólo le queda la solución de contar cuentos infantiles. Lo inaceptable de esto es que los quiere apoyar con su prestigio profesional. Es un solapamiento que no puede aceptarse. La argumentación de Hawking, por ejemplo, sobre el sentido del concepto de creación, dice él es igual al sentido de la pregunta acerca de qué hay más allá del polo norte. Cuando se llega a él, ¿a dónde se va? Cuando se llega a la singularidad en que se produce la gran explosión, ¿a dónde se va? Ir a casa del astrofísico es exactamente descender por el otro lado del polo, volver hacia atrás. Entonces hay que ir a casa del filósofo para poder seguir adelante. Y después, habrá que andar hasta la casa del teólogo. Y cuando todo este camino se haya recorrido metódicamente, guiados por la luz de la razón, iluminada por la fe, quizá tengamos una visión más completa, que puede resultar también grandiosa.